

los vivos y á las muestras de amor de los soldados, le quitaban todo el tiempo. Olivos empezó su discurso con circunloquios que juzgó del caso y la respuesta del jefe fué precisa y clara:

— Si no son oficiales republicanos, y, sobre todo, oficiales míos que se hayan desertado y pasádose al enemigo, cuente usted con las vidas de las gentes de que me habla... ¡Ah! le dijo pensando en que los prisioneros quizás no habrían comido aún; y como esos pobres, por caer á buena hora sobre nosotros, quizás hayan venido en ayunas, mande que les den algo de lo que se halle.

Pancho se apresuró á llevar aquella excelente noticia al cuitado Boldi, y á la hora en que más entretenidos se encontraban conversando sobre cosas diferentes, Récal hizo callar á su amigo y le obligó á oír.

— No oigo más que ladridos de perros...

— De un perro, dirás...

— De un perro coreado por todos los de nuestras *galletas* y las de ustedes.

— Es el perro del coronel Testard.

— ¿Y qué coronel es ese?

— El mío, mi jefe, el primer caballero de Francia é islas adyacentes... Debe de estar muerto ó herido de cuidado.

Pancho ocurrió con el chisme cerca de Porfirio, y el jefe ordenó la busca del cadáver ó del herido, si es que lo estaba.

Salió el de Olivos (que apenas había logrado saludar á su esposa, referirle que «tornaba vencedor» y contarle la captura de Récal) acompañado del zuavo, de una fagina de soldados y de un médico que iba á levantar y á curar á los heridos que se hallaran.

Aquel campo, que el oficial había recorrido á la luz del sol, en carrera vertiginosa, lleno de las terribles emociones de la jornada y á veces sin saber ni qué terreno pisaba, parecía á aquella hora más triste y más silencioso que á ninguna otra. Anduvo la barranca que había atravesado dos ó tres veces al galope; trepó á la orilla de la eminencia desde la cual las tropas de Porfirio habían aguantado sin cejar el empuje de los imperialistas; bajó al fondo del arroyuelo y llegó hasta el pedacillo de tierra que les había costado tantísimo esfuerzo calzarse. En todas partes no había más que silencio y tristeza: los heridos eran transportados al hospital que improvisó la inventiva de Porfirio; los muertos iban siendo levantados poco á poco, con precauciones infinitas, como para no lastimarles. Estaban en las posiciones más extravagantes, pacífica y dulcemente, cual si descabezaran un sueño; fieros y briosos, como si hubieran invocado en su último aliento á una deidad sanguinaria y vengadora; abrazados los de una y otra facción, como si la muerte les hubiera sorprendido en una efusión de cariño cordial y no en un acceso de tremenda rabia.

La colina del camposanto, donde sufrieron el primer rechazo los jinetes de Oronoz, estaba llena de difuntos de todas las categorías; en el fondo de la barranca había muchísimos cuerpos de republicanos, y en lo alto la mezcla era casi en la proporción de uno y uno.

No se veía en aquella hora sino las linternas de los que levantaban á los caídos; la luz se detenía en un punto, se veía á los camilleros inclinarse, detenerse un poco y continuar el camino hasta el lugar en que columbraban nuevos cadáveres. Más lejos se miraban sombras fugitivas de merodeadores que procuraban ocultarse de las gentes de la ambulancia, y más lejos aún, rompiendo el aire con su *cahahú, cahahú* intermitente y rudo, los lobos y los coyotes aullaban en la altura, olfateando un opíparo festín.

Récal, que marchaba guiado por el ladrido del perro, recorrió sin vacilar todo el campo, y cuando llegó al altozano en que había ocurrido la postrer refriega, se orientó buscando el punto en que se oía el lamentoso ladrar de la bestia.

— ¡Aquí, Argus, aquí!, gritaba Récal.

Un aullido largo y tristísimo contestaba al cariñoso llamado.

— ¡Argus, soy yo!

El animal taladraba las orejas con su ladrar constante, pero no se movía de su puesto.

— Pero ¿dónde estará el perro? decía Récal conmovido hasta lo indecible.

De repente volvió un camillero cogiéndose una pantorrilla.

— ¡Demontre de chucho; me cogió un buen pedazo de carne!... ¡mire no más qué tarascada!...

— Allí está cuidando un dijunto y no se le desaparta...

En efecto, obra de un tiro de piedra, en la oquedad de una peña, entre retamas y lentiscos, yacía el cadáver del infortunado coronel. Se le veía el uniforme negruzco, tenía las piernas abiertas, los brazos en cruz, una herida en la frente y la cabellera alborotada y llena de sangre. A poca distancia se veía la espada y el revólver del valiente, y á sus pies, á manera de esos lebreles de mármol que se ponían en los sepulcros antiguos como emblema de la fidelidad, un perrazo negro que lanzaba aullidos lastimeros:

— ¡Aquí, Argus, aquí!, repetía el zuavo.

El perro miraba á los recién llegados, aullaba más tristemente, pero no se apartaba un punto del cuerpo. Dos soldados que quisieron acercarse se retiraron más que de prisa, por evitar el contacto con los dientes de aquel «candidato de la humanidad»; Récal, que se las echaba de conocedor del perrito y sus mañas, resultó con una dentellada que le llevó casi todo el pulpejo de la oreja izquierda. Hubo que atraillar al Argus para lograr poner la mano en el difunto.

Como ya se sabía que el comandante Olivos había ido

... á manera de esos lebreles de mármol que se ponían en los sepulcros antiguos...



á recoger el cadáver del valiente Testard, cuando de vuelta llegó al cortijo, no hubo quién no saliera, lo mismo soldados que vecinos, á contemplar el paso de la lúgubre procesión. Venían delante Olivos y Récal, después sus soldados con un tapextle en que yacía el cuerpo muerto, y al fin el pobre Argus, triste, desalentado y apenas lanzando uno que otro ladrido de tristura.

Como Dios le dió á entender, cumplió Pancho la disposición del jefe de velar el cadáver de aquel valiente. Como pudo armó un tinglado que cubrió de paños negros, tendió al difunto boca arriba y con el uniforme bien limpio, y transmitió las órdenes para que la oficialidad velara el despojo mortal de aquel enemigo noble y osado.

— Bueno es, dijo el jefe, que registre usted los bolsillos del traje de Testard. Puede traer papeles ó recuerdos que convenga enviar á su familia.

— Mi general, respondió Olivos volviendo á poco, trae estas cartas y estos retratos... La espada tiene una inscripción ¿quiere usted que le traiga la hoja?

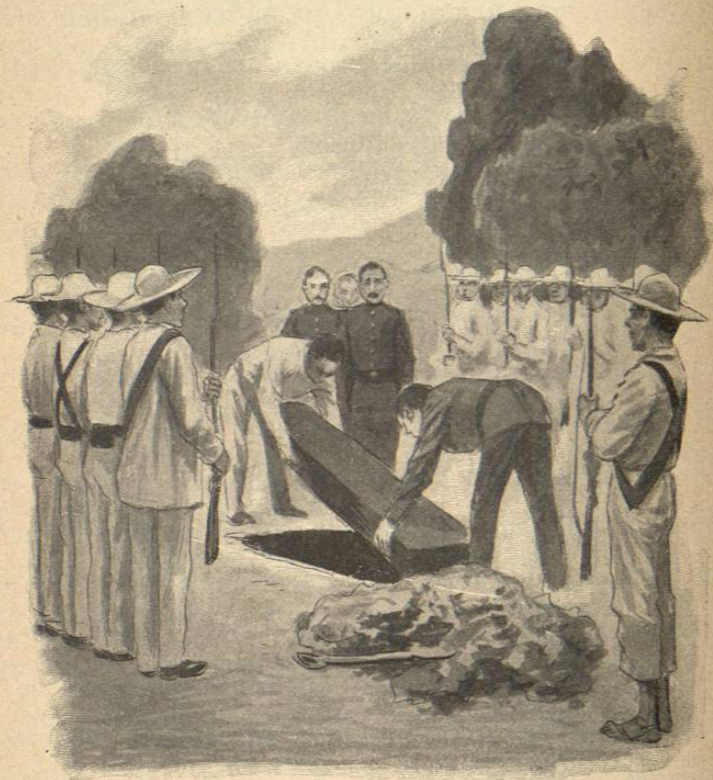
La espada tenía en relieve una inscripción que decía: «Ecole polytechnique-Promotion de 1855-Lieutenant Henri Testard - No. I.» Y por el reverso: «Patrie - Honneur.»

— ¡Pobre muchacho! exclamó Porfirio; haber muerto como un aventurero, al lado de aventureros y defendiendo á un aventurero, cuando podía haber ofrecido su sangre á su patria!... Pero veamos los papeles... Este es el retrato

de una anciana, probablemente la madre.— «Pour mon adoré Henri.— Sa mère, Ciprienne.» Estas son cartas, cartas de familia... Pero aguarde usted; yo he visto esa letra. ¿Cuándo? ¿Dónde?... Lea usted un poco y así nos enteraremos.

No tenía más firma que «tu padre,» «quien bien te quiere», «el que te bendice»; pero el texto era espantoso: injurias á Napoleón III, á los ministros, á las Cámaras, á Bazaine, á Maximiliano, y frases como «Yo, en mi calidad de Mariscal», «Yo, representante del Ejército», que ya señalaban claramente al incógnito corresponsal. En una carta había un párrafo revelador: «Has de saber que en días pasados se habló aquí de la necesidad de reconocer como beligerante á Porfirio Díaz, que acababa de fugarse de Puebla. Contra mi costumbre, tomé la palabra en el Senado poniendo al tal Porfirio como no digan dueñas. Pintéle avaro, codicioso, asesino, secuestrador, infame é incapaz de cumplir la palabra empeñada. Y no juzgando bastante aquella andanada, añadí toques como el de que solía tomar presas á las mujeres en cinta y después de destazarlas muy limpiamente, les sacaba el producto de la concepción y le colocaba á guisa de trofeo en las bayonetas de los soldados. Yo no he visto nunca (aparte de unos cortos instantes en Puebla) al tal Díaz, pero esas cosas las sé de buen origen: me las contaron los auxiliares mexicanos que teníamos en Puebla.»

No cabía duda, quien escribía aquello era el Mariscal Forey, y el muerto era su hijo. El general sonrió desdeñosamente, echó una mirada al velón de sebo que se acababa á gran prisa, y señalando las prendas del pobre Testard, le dijo á Olivos con toda calma:



— Que mañana salga un propio á llevar esas cosas al ministro francés en México. Que vean cómo se porta con los enemigos esta hiena sanguinaria.

— ¿Y el perro, señor? interrogó Pancho con el deseo de que el general le cediera aquel noble y leal amigo.

— Que también se lo lleven... Y hay que escribirle una carta á Forey remitiéndole todo.

Al día siguiente, con asistencia de toda la tropa y de la oficialidad, se hicieron suntuosos funerales (con la pompa que consentían los menguados recursos del lugarejo) al coronel difunto, siendo enterradas poco después las otras víctimas de la batalla.

